

MARY
BEARD



CLÁSICOS
SIN
FILTROS



EL IMPACTO DEL
MUNDO ANTIGUO

CRÍTICA

MARY BEARD

**CLÁSICOS
SIN FILTROS**

EL IMPACTO DEL
MUNDO ANTIGUO

Traducción castellana de
Silvia Furió

CRÍTICA

INTRODUCCIÓN

Una gran pregunta ha inspirado este libro: ¿para qué sirven los clásicos antiguos? O, dicho de otro modo, ¿por qué debería preocuparnos lo que hacía la gente hace dos mil años o más: qué crearon, qué escribieron y qué pensaron? ¿Qué sentido tiene todo esto para nosotros ahora? Quiero reflejar lo que todavía resulta tan emocionante, gratificante y a veces inquietante del mundo clásico, o por lo menos lo que me ha emocionado, gratificado e inquietado a mí. El mensaje subyacente es que puede obtenerse más de los clásicos si uno los venera menos. Asombro, sorpresa, placer, perplejidad e incluso repulsión, sí. Veneración y gratitud, no.

El mundo al que hago referencia en *Clásicos sin filtros* es el de los griegos y romanos antiguos y el de sus vecinos alrededor del Mediterráneo y más allá, entre los siglos VIII a. e. c. y V e. c. aproximadamente. El territorio que ocupa es extenso, desde el Egipto de la reina Cleopatra, con su consabido (y sin duda exagerado) lujo, hasta las lúgubres bases militares situadas en el Muro de Adriano, en la parte norte de Gran Bretaña. Los vestigios escritos abarcan desde la poesía épica de Homero y

la filosofía de Platón hasta los grafitos apenas legibles, y a menudo obscenos, grabados en las paredes de Pompeya. Sin embargo, todo eso tiene un alcance aún mucho más amplio, que ha dejado huella a lo largo de todos y cada uno de los siglos hasta el siglo **xxi**. Durante dos milenios, los clásicos han sido constantemente reinterpretados, a menudo de manera contradictoria, pero nunca olvidados ni desterrados. Hay aquí una tenue conexión con el sentido más genérico de «clásico» y «lo clásico», que abordaremos más adelante. Aun así, este no es un libro sobre Bach ni Jane Austen, ni sobre películas «clásicas» o coches «clásicos». Mi enfoque es el pasado lejano y las conversaciones que seguimos manteniendo con él.

He tenido la gran suerte de explorar, enseñar y debatir acerca del mundo clásico durante más de cincuenta años, la mayor parte de mi vida. Obviamente, ha habido altibajos, frustraciones y unas cuantas batallas. Pero lo que quiero transmitir es por qué ha sido en general tan enriquecedor y ha dejado semejante huella en mí y sobre mi manera de pensar, sin recurrir a los cansinos clichés tan a menudo utilizados para justificar el estudio de los clásicos griegos y latinos.

Me temo que he de desechar de inmediato algunos de estos clichés. «Las clásicas son buenas para ti», suele decirse, o «ejercitan la mente». Quizá sí lo hagan, pero no es esta la razón por la que encuentro el tema tan atractivo. En cualquier caso, los peores villanos de la historia no han experimentado mejoría alguna por su

educación clásica. Otra argumentación sostiene que aprender latín no solo es una gran «disciplina» (cosa que suena innecesariamente temible), sino que también ayuda a aprender otras lenguas europeas modernas. Y de nuevo, quizás hasta cierto punto sea así. Sin embargo, la experiencia apunta a que, si uno quiere aprender francés, lo más indicado es empezar con el francés, no con el latín. Asimismo, pese a que una buena parte del latín y del griego subyace en el vocabulario médico y jurídico moderno, para los aspirantes a abogados y médicos realizar un curso preliminar de lenguas antiguas sería tomar un camino perverso.

Otro razonamiento, más viejo todavía, insiste en que hay algo especial, algo único y admirable, en las culturas griega y romana. ¿Lo hay? Estoy convencida de que a nadie le sorprenderá descubrir que hay aspectos del mundo clásico que yo misma admiro profundamente. Mi opinión, y no estoy exagerando, es que la humanidad se vería empobrecida sin la poesía amorosa de Safo, sin la *Eneida* de Virgilio, su espléndido y perturbador poema épico que rastrea los orígenes de Roma hasta la derrotada ciudad de Troya, o sin otros muchos vestigios de la antigüedad clásica que se han conservado hasta nuestros días. Puedo sentir fascinación por algunos de los exquisitos diseños de la cerámica clásica ateniense o por gemas romanas en miniatura. Y no soy la única. Tengo casi la certeza de que todos los días, desde la muerte de Virgilio en el año 19 a. e. c., alguien en algún lugar ha estado leyendo la *Eneida* (no podría probar-

lo, pero ha de ser cierto). Eso cuenta. Pero nadie debería infligir su propia admiración al resto de la especie humana. Siempre me ha impactado la historia del poeta bengalí (y compositor del himno nacional indio) Rabindranath Tagore, que estalló en sollozos al ver por primera vez las ruinas del Partenón en Atenas, superado no por su grandeza estética o elegancia, sino por su «fealdad bárbara». Podríamos discrepar, podríamos tratar de convencerlo de lo contrario y hacer que lo mirase con otros ojos, pero ¿qué derecho tendríamos a decirle que estaba equivocado?

Hay también muchas cosas del mundo clásico que condeno. Para empezar, no hay gafas pintadas de color de rosa que puedan ocultar la esclavitud ni la misoginia ni la casi inimaginable violencia, desde los campos de batalla hasta los criminales juegos en el anfiteatro. Además, antes incluso de alcanzar el nivel de aquellos groseros grafitos de las paredes de Pompeya, gran parte de la literatura clásica que se ha conservado a lo largo de los últimos dos mil años difícilmente podría ser definida como «grande». (Si quieren saber a qué me refiero, prueben con la obra principal de Sexto Julio Frontino, un exitoso senador de finales del siglo I e. c., gobernador de la Britania romana y director general del suministro de agua en Roma: se trata de un exhaustivo tratado en dos volúmenes, *Los acueductos de Roma*, que abarca desde su historia y diseño hasta cómo taponar las filtraciones.) Y no hace falta decir que el arte griego clásico en su conjunto incluye tanto lo vulgar como lo asombroso.

Para decirlo de forma algo distinta, este libro es en parte una respuesta a las muchas personas que me dicen: «Has pasado tanto tiempo de tu vida con ellos que sin duda debes de querer mucho a los griegos y a los romanos». La respuesta es rotundamente «no». No estudio a los griegos y romanos porque los quiera (del mismo modo que los virólogos tampoco quieren a los virus o los astrónomos a los agujeros negros). Los estudio porque a veces son un placer, a menudo desestabilizadores y con frecuencia sorprendentes, pero sobre todo invariablemente reveladores e interesantes (incluidos los acueductos). Los estudios clásicos cambian tu forma de ver el pasado remoto. No solo eso: te instan a replantearte el presente. Obviamente, hay otros temas y períodos que también lo hacen, desde la microbiología hasta la filosofía china antigua. Pero en mi caso fueron los griegos y los romanos los que me motivaron, y a lo largo de este libro trataré de explicar cómo y por qué fue así. El tema de los clásicos no solo concierne al mundo clásico propiamente dicho, sino que también habita el espacio que separa la antigüedad del presente y desplaza el foco de nuevo hacia nosotros ayudándonos a comprender lo importantes que son estas largas conversaciones con el pasado lejano.

Cuando dije que el mundo clásico «ha dejado huella a lo largo de todos y cada uno de los siglos hasta el siglo XXI», tenía numerosos ejemplos en la manga. Incluso hoy en día, Platón, que escribió en el siglo IV a. e. c., está considerado el filósofo más vendido del mundo.

Gracias a Sigmund Freud, el antiguo personaje de Edipo, el rey mítico de Tebas que asesinó a su padre y se casó con su madre, ha quedado encarnado en el «complejo de Edipo» y convertido en parte de la manera en que mucha gente del mundo moderno entiende los recovecos más oscuros de la mente humana. Y, en Occidente, todavía seguimos el que es en gran medida el antiguo calendario romano, cuyos meses de julio y agosto llevan este nombre (tal y como los nombraron los romanos) en honor a Julio César, asesinado el año 44 a. e. c., y a su sobriño nieto, el primer emperador Augusto. Dos mil años después, continuamos viviendo bajo el signo de los gobernantes romanos y midiendo nuestros días conforme a lo que ellos establecieron. El hecho de no sentirnos fascinados por todo esto revelaría, como poco, una extraña falta de curiosidad.

Puede que el lector ya haya adivinado que en las páginas que siguen desmentiré algunos mitos sobre el mundo clásico, o me opondré a ellos. Le ahorraré, por ejemplo, las habituales lamentaciones sobre cuántas riquezas de la literatura antigua han desaparecido sin dejar apenas huella (unas setenta de las originalmente más de noventa tragedias del dramaturgo griego Eurípides, por ejemplo) o sobre lo difícil que resulta encontrar en los registros literarios las voces auténticas de las mujeres de la antigüedad o de los esclavos. En estas lamentaciones hay también algunas medias verdades. Los hombres ricos de la élite política (desde el historiador y general militar griego Tucídides hasta el propio Julio

César) ocupan un lugar muy destacado entre los escritores antiguos. Y si comparamos la sobrecarga de información disponible para aquellos que estudian períodos más recientes de la historia, los que nos dedicamos a la antigüedad tenemos recursos más escasos, aunque no tan escasos como a menudo se supone. Estoy con Septimus, el ingenioso tutor cegado por el amor en *Arcadia* de Tom Stoppard (de 1993), cuando en el aula decimonónica descrita en la obra, le dice a su precoz alumna, Thomasina, que no sufra por la literatura perdida de Grecia y Roma, sino que «cuente las existencias» de lo que todavía tenemos: «¡Siete tragedias de Esquilo, siete de Sófocles, diecinueve de Eurípides, mi señora! No deberíais lamentaros más por el resto que por una hebilla perdida de vuestro primer zapato...».

Septimus tenía razón. La buena noticia es que se han conservado más obras del mundo griego y romano de lo que uno (a excepción de un pedante adicto al trabajo sin otros intereses) podría esperar leer atentamente a lo largo de su vida, y aparecen en formas y estilos radicalmente distintos, «grandes» o no, y en lugares inesperados. Junto con los libros de Homero, Aristóteles, Ovidio, Tácito y los demás que parecen dominar el repertorio clásico, aún podemos elegir entre una miniselección de chistes del emperador Augusto; una fantástica sátira de ciencia ficción del siglo II e. c. sobre un viaje a la Luna; o los miles de páginas de investigaciones médicas (que constituyen el diez por ciento de toda la literatura que todavía conservamos en griego anti-

guo) escritas por Galeno, un famoso médico griego que trabajó en la Roma imperial y trató la amigdalitis y los problemas digestivos de los emperadores romanos. Y estos son unos pocos ejemplos de entre cientos. Es más, casi la misma cantidad de literatura procede de escritores del norte de África, Hispania y Siria que de la Grecia continental e Italia.

Incluso podemos oír, aunque más débilmente de lo que nos gustaría, las voces de los marginados: Safo no es la única mujer de la antigüedad cuya poesía ha sobrevivido. Podemos constatarlo con los escritos de la griega Nossis, la romana Sulpicia o Julia Balbila, una noble romana y princesa oriental, algunos de cuyos versos se inscribieron en la pierna de una estatua colosal de un antiguo faraón cerca de la margen del Nilo, donde todavía podemos leerlos. Y el dramaturgo cómico Terencio, del siglo II a. e. c., cuyo nombre completo es Publio Terencio Afer, autor de seis comedias conservadas en las que aparecen personajes esclavos, casi con toda seguridad llegó a Roma como esclavo. Además de esto, entre el constante flujo de descubrimientos arqueológicos realizados a lo largo del último siglo, se han excavado en Egipto infinidad de papiros griegos y romanos, el antepasado del papel moderno, conservados gracias al clima seco y cálido. A menudo cubiertos de capas de escritura, registran las lamentaciones de soldados descontentos, las quejas de los contribuyentes comunes o de los mandos intermedios de la burocracia imperial, los lamentos de los enamorados o listas garabateadas para las expedi-

ciones comerciales. Muchos de estos documentos permanecen custodiados en los almacenes de los museos sin haber sido leídos, a la espera de que alguien con tiempo, conocimientos y fondos los descifre.

Lo que resulta realmente sorprendente de la literatura clásica no es lo mucho que se ha perdido, sino que se haya preservado tanto, gracias a los esfuerzos de los arqueólogos, de generaciones de copistas esclavos que transcribieron los textos antiguos, de las posteriores generaciones de monjes cristianos que continuaron con la tarea, de traductores árabes, de eruditos del Renacimiento que registraron a fondo las bibliotecas de los monasterios en busca de copias de los clásicos, y finalmente gracias a la imprenta. Además, como insistía Septimus, constantemente se siguen redescubriendo textos. Tenemos una ingente cantidad con la que trabajar.

Hay otros mitos modernos que tengo en mente. No se leerá aquí mucho, si es que hay algo, sobre los clásicos como «fuente de la civilización occidental» ni se dará bombo a «las verdades eternas» que imparten los clásicos. Por supuesto, las antiguas Grecia y Roma son enormemente importantes en la mezcla que constituye la cultura occidental, desde las columnas clásicas de la arquitectura civil hasta las modernas preguntas filosóficas que ya se planteaban Sócrates y Platón. Esta es una de las razones por las que Platón todavía se sigue vendiendo en grandes cantidades. Si eliminásemos los elementos clásicos de esta amalgama cultural occidental, nos quedaría un remanente extrañamente mutilado y

apenas comprensible. Esto es un hecho. No obstante, al mismo tiempo, todas las culturas son híbridas, como trata de reflejar mi elección de las palabras «mezcla» y «amalgama». También es cierto que la «civilización occidental» (se defina como se defina) no puede comprenderse correctamente si se ignora el judaísmo, el islam, el cristianismo medieval y mucho más, y se la intenta conectar directamente con la Atenas y la Roma clásicas. No se obtiene beneficio alguno pretendiendo que Grecia y Roma son los únicos referentes o la única «fuente» de cultura. Las lágrimas de Tagore son una advertencia útil contra el hecho de imaginar que hay un único concepto universal de belleza y valor.

Lo mismo cabe decir de aquellas «verdades eternas» que algunos aseguran encontrar, sobre todo, en las historias de la mitología clásica: «sabiduría eterna para la vida moderna», como reza un lema reciente. De nuevo, el mundo posclásico ha aprendido mucho de sí mismo al implicarse, seleccionar, releer y reinterpretar los mitos de la antigüedad: la reformulación de la historia de Edipo por parte de Freud es tan solo uno de los ejemplos más famosos. Para bien o para mal, los mitos clásicos han sido también resucitados como poderosos símbolos en otros debates modernos. Apenas encontramos a una mujer política destacada en el mundo que no haya sido representada como una nueva Medusa, el monstruo mítico con cabellos de serpiente, que con una simple mirada podía convertirte en piedra, antes de ser sometida y aniquilada (en una violenta recuperación del

control masculino). Pero estas conversaciones culturales, como deberíamos considerarlas, no trascienden el tiempo ni el espacio. Son conversaciones a través de la historia, pero todavía delimitadas por ella, necesariamente discutidas y cambiantes. No hemos de pensar que en los clásicos hay perlas puras de verdad aguardando ser descubiertas. Lo importante es el debate entre nosotros y la antigüedad.

En el resto de *Clásicos sin filtros* abordaré estos temas y otros. Por ejemplo, ¿quién «posee» el pasado? ¿Cómo lo juzgamos? ¿Cómo conciliamos la obligación de tratar de comprender el pasado en sus propios términos con la otra obligación de intentar conservar nuestro propio sentido de la moralidad en este proceso? ¿Cómo valoro mi propia vida como mujer en el ámbito de los estudios clásicos, con sus descontentos y también con sus emociones? ¿Por qué elegir el estudio de esta disciplina en el instituto, en la facultad o universidad?

No estoy escribiendo un texto publicitario. No se puede reflexionar seriamente sobre los estudios clásicos sin afrontar su reputación de aliados del fascismo y el imperialismo, de ser un bastión de privilegio, explotación y exclusión social. ¿Quién es exactamente este «nosotros» al que me he referido varias veces en las últimas páginas: «cómo juzgamos...», «cuando estamos investigando...»? ¿En nombre de quién estoy hablando? Tampoco puede uno pensar en los estudios clásicos sin pensar en la suerte de las humanidades en general (tanto si se cree que están sumidas en una crisis terminal, que

están siendo sistemáticamente exterminadas por gobiernos filisteos o si sufren un ataque masivo de hipcondría). ¿Pueden los estudios clásicos ayudar a formular una mejor defensa de las humanidades que la que normalmente esgrimen los profesores inquietos, incluida yo?

Sacaré a escena una pequeña selección del deslumbrante y diverso elenco de personajes de la antigüedad y escucharé las diferentes cosas que aún tienen que decirnos. Abordando Grecia y Roma a la vez (pese a sus diferencias se entienden mejor así que separadas), situaré bajo la lupa a los demócratas atenienses, a los taberneros romanos, a los esclavos explotados y a los senadores egoístas. (Este libro es intencionadamente un caleidoscopio más que una historia narrativa, aunque procuraré completar el contexto histórico allí donde sea necesario; no obstante, hay una guía más que suficiente en la «Bibliografía».) Igualmente variados son los personajes modernos que también aparecen en estas páginas: desde poetas del siglo XVIII hasta teóricos marxistas modernos (Antonio Gramsci, que escribió desde una cárcel fascista, fue quizás un improbable defensor del latín y el griego en los institutos de secundaria italianos); desde Bob Dylan y Beyoncé hasta Alexander Crummell, el primer estudiante negro de Cambridge, y Jane Ellen Harrison, la primera mujer que dio clases allí. Asistiremos a escondidas a un recorrido privado por Roma con Hitler y Mussolini, mientras dilucidamos el papel del mundo antiguo en los modernos movimientos de liberación. En

el capítulo 4 hago explícita referencia a cuestiones relacionadas con la enseñanza y el aprendizaje de los estudios clásicos en la escuela y en la universidad en la actualidad (¿para qué sirve una licenciatura en Clásicas?). Todo ello teniendo siempre en cuenta cómo se ha estudiado y utilizado el mundo antiguo a lo largo de los siglos, por quiénes y con qué fines.

No he tratado de disfrazar el origen de este libro en las Berlin Family Lectures que impartí en la Universidad de Chicago en 2023 (con algún material extra procedente de las Conferencias Gifford que di en la Universidad de Edimburgo en 2019). Todo lo contrario. He intentado conservar algo del espíritu de aquellas ocasiones: las sorpresas, las conexiones fortuitas, las idiosincrasias ocasionales, los cabos sueltos, las contradicciones residuales, los momentos espontáneos, la voz personal y fragmentos de autobiografía. Me siento agradecida por el estímulo que me proporcionaron aquellas conferencias para reflexionar con detenimiento sobre por qué exactamente me ha interesado tanto el mundo antiguo. Es fácil dar por sentados los propios entusiasmos, pero mucho más complicado es explicarlos. En este sentido, el libro es más una memoria que una tesis. Pueden leerse los capítulos en el orden que se desee. Cada uno es más o menos independiente, con su propio tema. No obstante, creo que funcionan mejor si se leen del uno al cuatro.

Por consiguiente, empiezo como lo hice en Chicago, con el primer encuentro revelador que tuve con el mundo antiguo. Nada tuvo que ver con las obras maestras

del arte o la literatura clásicos, sino con un pequeño panecillo egipcio antiguo, ni siquiera griego ni romano. Este encuentro tuvo lugar en el Museo Británico hace sesenta y seis años, cuando yo tenía cinco. Es la historia corriente de una niña, su mamá y un conservador de museo ilustrado, que dice mucho sobre por qué desde entonces sentí tanto interés en descubrir el pasado remoto. Sin embargo, es más que un curioso fragmento de historia personal. Por lo que he llegado a comprender, se trata de una historia que plantea importantes cuestiones sobre el moderno encuentro con el mundo antiguo y sus recompensas: tanto sus sencillos placeres como sus atractivas complejidades. Pone al descubierto las inesperadas satisfacciones que la antigüedad nos puede ofrecer, y también los exquisitos, aunque en ocasiones provocadores, rompecabezas que me han acompañado durante toda la vida.